

VINT-I-DOSÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA SANT ADRIÀ 2.022

AUTORA: VIVIANA MARGARITA CATALANO

Pseudònim: Margarida

LA REINA DEL DESAPEGO

Nací bajo el signo de capricornio, un verano de 1960 en Mendoza, Argentina. Soy hija y nieta de una familia de inmigrantes italianos que, sorteando audazmente la guerra, el hambre y la pobreza, arribaron a principios del siglo pasado buscando nuevos horizontes en América.

Desde chica me atraieron los cambios. Me producía una sensación especial el cambiar los objetos y muebles de lugar. Era como mudarme de casa. Mover las energías, limpiar a fondo el polvo de las paredes y tirar, soltar, dejar ir.

Siempre me gustó el estilo minimalista. Colores claros, pocos muebles, mucha luz y espacios por donde se pueda circular libremente sin tener que esquivar el desorden. La limpieza y el orden, hábitos que heredé de mi madre, fueron asumidos como una marca registrada en mi vida pero que, sin embargo, no logré transmitir fehacientemente a mi familia.

Mientras más pasa el tiempo más refuerzo este hábito. Y compruebo, cada día, cómo hay cosas que impactan en la armonía del lugar que habitamos o en el que trabajamos. Como dijo Nicolás Tesla, “si quieres encontrar los secretos del universo piensa en términos de energía, frecuencia y vibración”. Una buena vibración siempre podrá ser percibida en ambientes limpios, con aromas, sonidos, formas y colores armónicos.

Por la misma razón no me agrada recargar las paredes con cuadros. Las prefiero limpias, desnudas, puras. Tampoco atiborrar los muebles con adornos que, inevitablemente, acumulan polvo y energías estancadas. Tengo una fobia particular por las flores artificiales, sean de papel o de plástico, aunque debo

reconocer que cada vez se logran efectos más “reales” y estéticamente bonitos en estos objetos que se venden y se adquieren sin conciencia por el cuidado del medio ambiente. Siempre preferiré una planta real que llene de vida mi vida.

También he leído y adoptado en cada casa donde he vivido las reglas básicas del feng-shui. Cada vez que ingreso a un local comercial de cualquier tipo recito mi mantra “cuantas cosas que no necesito”. Porque en estos lugares todo es hermoso, original, colorido, interesante pero, la mayoría de las veces, bastante inútil. Sumado a mi fobia por la acumulación y el desorden, he desarrollado la capacidad de distinguir, sin ningún tipo de sufrimiento ni represión, lo que verdaderamente es necesario para mi vida. Claro que, toda regla tiene su excepción y, en mi caso, los artículos excluyentes constituyen el universo de todo aquello vinculado a mis tres más importantes hobbies: la jardinería, el tejido y la lectura.

Prefiero no tener animales domésticos ya que no tolero ver pelos en el sofá ni en ningún otro sitio. Sin embargo, soy una desquiciada al rescate de cualquier gajo o trozo de planta que se haya desprendido de macetas, jardines o balcones. Y si encuentro alguna planta que no tengo en mi casa, soy capaz de cortar cuidadosamente un retoño para multiplicarla, poniendo en práctica el dicho de las abuelas de que “las plantas robadas crecen más y mejor”.

El tejido es otra pasión que he desarrollado desde que tenía corta edad. Fue mi abuela materna quien me incorporó al grupo de mujeres artesanas de la familia. Rodeada de ovillos de lanas, agujas de crochet de incontables tamaños y revistas de figuras, puntos y moldes, crecí disfrutando a pleno del placer de crear, con mis manos y con mi mente, un mundo de proyectos hechos con amor.

Y la lectura... pasión de pasiones. Libros propios y heredados que, durante mucho tiempo, integraron como un regimiento de más de 2000 soldados las bibliotecas de mi casa.

Con Sandra mi cuñada-amiga descubrimos una pasión en común: “desocupar casas”. Entiéndase por este concepto, el asumir la tarea espinosa y, por momentos, embarazosa de “vaciar” la casa de alguien que pasó a mejor vida. Formábamos un excelente equipo. Tanto que, en algún momento de delirio y, solamente para darle sentido a nuestro agotamiento, pensamos en convertirlo en un emprendimiento.

La primera experiencia en la materia, digna de contar en esta historia, fue la de desocupar la casona de la abuela María. Bautizada como María Cecilia, la abuela paterna de nuestros maridos fue una pequeña y ágil española nacida en Almería y arraigada en Godoy Cruz, Mendoza, Argentina. Amante de las zarzuelas y del budín de pan, caminaba entre los parrales seguida de un séquito de gatos con los que compartía su comida y su soledad. Era noviembre de 1995 cuando dejó este mundo y luego de un período colmado de trámites y tristezas, comenzamos la ardua e inevitable tarea de seleccionar y distribuir, entre los deudos, las reliquias y recuerdos que dejó.

Su casa era una especie de mercería antigua. Pues, la abuela María, como la llamaba todo el barrio, había sido modista y sastre de caballeros, algo atípico para una mujer de su época. Con techos altos y pisos de madera, fresca en verano y muy fría en invierno, sus habitaciones contenían innumerables recuerdos de historias familiares. Estaba atiborrada de muebles de estilo, de maravillosos objetos de otras épocas e incontables cuadros y fotos que se empeñaban en

transportarnos al pasado. Las estanterías y cajones, atestados de accesorios de costura se desnudaban ante nuestros ojos exponiendo ejércitos de botones, canutillos y lentejuelas. Colecciones de telas de diferentes texturas y estampados junto a restos de cintas, cordones y lazos nos daban pistas de la ropa que alguna vez cosió o remendó a pedido. Los alfileres y las agujas de mil ojos diferentes se enterraban en los alfilereros como un bosque de árboles desnutridos y el añejo papel de molde de seda se deshacía entre nuestros dedos con sólo osar mirarlo. Este cúmulo de artilugios y complementos de costura generaban deleite en la imaginación de cualquiera que amara el trabajo manual.

A Sandra, cuyas manos se dedicaban y se dedican a crear maravillas, todo era de su interés y utilidad. Nunca olvidaré su gesto de “niña con un juguete nuevo” cada vez que abría un cajón o recorría los estantes de un ropero. Ante tan poca ayuda para poder vislumbrar lo útil de lo inútil, asumí el rol de separar la paja del trigo, y debo confesar que me gustó. Nada más fácil para mí que sacar, soltar y dejar ir. Ayudar a otro a desprenderse de la carga energética del pasado, de lo oscuro, de lo denso. Nuestra suegra Victoria supervisaba la tarea y, a partir de esta primera experiencia y como buena observadora que era, me puso el mote de “la reina del desapego”. Aunque definitivamente, entre tanta cosa vieja, pasada de moda y en mal estado de uso, debo reconocer que había algunas cosas que valían la pena guardar.

Otro cantar es cuando la pérdida toca más de cerca. Nada más triste y penoso que desocupar la casa de nuestros padres. Primero se fue mi madre, un día lluvioso de febrero de 1998, después de muchos años de enfermedad y depresión. Siempre con la ayuda incondicional de Sandra, acondicionamos el piso para que

mi padre pudiera seguir viviendo allí, solo, en un lugar habitable, sin el recuerdo de su esposa enferma y dependiente. Como si los recuerdos y los amores se diluyeran con las cosas regaladas o se pudieran borrar con un mero escobazo. Nada más lejos de la verdad. La tristeza y la desolación que dejaron los últimos años de mi madre, vividos sin la ilusión de una cura, perduran en mi alma como una tarea mal hecha, con la culpa de no haber podido sembrarle la alegría perdida con una semilla milagrosa y mágica.

Más difícil y desolador aún, fue volver a vaciar el mismo piso, once años después, cuando falleció mi padre una mañana de diciembre de 2009. Con el dolor en el cuerpo y en el alma y con la falta de energía y valor para mantenerme a flote, pusimos manos a la obra con Sandra y mi hija Analía. Permanecí ese verano suspendida del vacío, con la sensación de la despedida final pero con la certeza de que el recuerdo de mi padre siempre me acompañaría. Venían tiempos nuevos, grandes cambios a nivel profesional. Logros personales por los que mi padre hubiera estado muy orgulloso pero que no llegó a ver, por lo menos en este mundo. En lo profundo de mi corazón sé, que desde su nuevo hogar en el universo, me acompañó cuando cumplí mis 50 años, me vio viajar por primera vez a Europa para rendir mi doctorado y me aplaudió cuando asumí un cargo jerárquico en la universidad que me vio crecer como estudiante y como profesional. Siempre sentí y aún hoy siento que mi padre sigue conmigo enviándome sus señales.

Algunos años después, en 2015, transitamos el caluroso mes de enero mendocino desocupando el piso de nuestra suegra Victoria. Nada más complicado y lento como decidir y poner orden sobre las pertenencias de otra persona. Y es que los

parientes directos, sus hijos, no pudieron, no quisieron, no se animaron a peregrinar por el duelo y la amargura de los recuerdos.

Victoria fue una mujer entera, gallarda y decidida a pesar de los golpes que la vida le dio. Todas sus pertenencias se reducían a las cosas rescatadas de una mudanza anterior, cuando tuvo que desocupar la casa que construyó junto a su marido e hijos, donde fue inmensamente feliz e infortunadamente triste por el abandono, por la soledad y la violencia de un asalto que la dejó marcada para siempre.

Un laberinto de cajas etiquetadas con cartas, papeles y fotografías con los más diversos recuerdos fue lo que quedó como restos del desahucio y del olvido. Y los libros. Infinidad de novelas, best sellers, colecciones y enciclopedias viejas que no podíamos dejar de mirar con codicia y ansias de lectura. ¿Qué hacemos con los libros? ¿Con tantos libros? Nos preguntábamos con Sandra mientras mirábamos los tres conjuntos de estanterías que poblaban el piso. Los llevamos, los repartimos, fue la respuesta al unísono. Y así fue, los trasladamos -tarea no menor- y pasaron a integrar las ya colmadas bibliotecas de nuestras respectivas casas.

Pero de mis grandes pasiones también tuve que desapegarme cuando decidimos desandar los pasos de nuestros ancestros y migrar a otro continente para lograr el sueño de ver crecer a nuestra nieta Corina.

Un nuevo ejercicio de desapego.

Pusimos mar de por medio y nos lanzamos sin red a lo desconocido, sin perspectiva ni constancia de lo que habríamos de encontrar.

De repente, nos convertimos en el otro, en el que no pertenece, el inmigrante y por eso, quizás, nos sentimos más libres, sin ataduras y sin apegos. Con la vida pasada concentrada en una valija, con otra tierra bajo nuestros pies. Con esperanza.

Y este alejamiento de la tierra que nos vio nacer, nos hizo reflexionar y ahondar en nuestros pensamientos y emociones y pudimos conocer otras perspectivas de la realidad. Cada uno a su manera percibió el cambio, lo sufrió, lo toleró o se sumergió para lograr la adaptación y la integración. El arraigo a una nueva vida. No fue fácil. Nada fácil.

Cuando arribamos, con mi marido y mi hijo menor, a tierra española, específicamente a la ciudad de Barcelona, nos esperaba la otra mitad de la familia. Y Corina. El motor del cambio.

No todos logramos integrarnos de la misma manera.

Lo que para mí era un descubrimiento y un motivo de deleite diario, para ellos era una contrariedad y a veces, hasta una pesadilla. Y aunque intenté prestarles mi mapa de aprendizaje me di cuenta que era en vano. Porque cada uno debe intentarlo por su cuenta, con sus energías, con su propia decisión. Como dijo Matisse, “siempre hay flores para el que desea verlas”.

La evasión de la realidad puede tener muchas caras, muchos recovecos del que es difícil escapar sino se quiere. Y me di cuenta que no es mi labor curar a la gente que amo, no los puedo rescatar de donde no quieren aunque les tienda la mano todos los días. No puedo hacer elecciones por ellos. Es su viaje.

Y, aunque prometí estar siempre, que no viajarían solos, entendí con dolor en el alma que este viaje es de ellos. Que me queda poco tiempo para sumergirme en mi propio océano, en mi espacio infinito y cósmico, en mi propia y elegida realidad. Y cuando llegó el día de la despedida, descubrí que, aunque tenía miedo de que se fueran, de que regresaran a Argentina y de quedarme yo, aquí, en Barcelona, sin el sostén masculino de mi vida, sin la imagen dura y protectora creada en mi mente por generaciones de preconceptos machistas, igual se fueron. Y acepté que nada me haría perder más energía que el resistir y pelear contra una situación que no podía cambiar.

Y supe que el empujón me lo daría a mí misma. Hacia adelante, rumbo a mis sueños. Y ese miedo al abandono se transformó en paz y en libertad. Y ese miedo, se convirtió en un miedo menos.

Y descubrí que es cierto que la vida comienza donde termina el miedo.

Me miré al espejo y vi la imagen de la persona que cambiaría mi vida.

Y supe que era necesario comenzar por echar raíces nuevas. Porque adaptarse no es igual que arraigarse. Instalarse, adecuarse a un nuevo país, a una nueva situación, no es lo mismo que lograr integrarse al lugar, a la sociedad, a ser aceptado y sentirse parte. Entendí en carne propia lo que siente un árbol cuando es trasplantado, fundando nuevas raíces pero aportando las propias.

Porque las propias raíces se llevan dentro. Son como tentáculos que se extienden a lo largo de nuestras terminaciones nerviosas y nos mantienen enteros y firmes.

Y mis raíces irían siempre conmigo donde quiera que vaya, viva donde viva.

Entonces, totalmente convencida de mi poder, comencé a transitar el camino del arraigo, a pisarlo bien, caminando con pasos que salían del corazón. Fui fiel a lo

que creo, a lo que pienso, fortalecí mi filosofía de vida. Y busqué y encontré, o mejor dicho nos encontramos, con personas que combinaban con mi mente y mi corazón. Y me cuidé y soñé. Soñé mucho, alto y lejos porque sabía que esos sueños me mantendrían siempre viviendo. Me sumergí en la magia, dije abracadabra, palabra mágica que abre todas las puertas, y me fundí en su significado: “envía tu fuego hasta el final”.

Y me dediqué a llevar la vida en alto sabiendo que mi mejor obra en cada lugar donde viviera sería yo misma.